

por estado el descuido y el sueño, sino ponga fuerza en sus brazos y acostumbre á la vela sus ojos, y saboréese en el trabajar, y no se desdeñe de poner las manos en lo que toca al oficio de las mujeres, por bajo y por menudo que sea; y entonces verá cuánto valen y adónde llegan sus obras. Tres cosas le pide aquí Salomon, y cada una en su verso: que sea trabajadora lo primero, y lo segundo, que vele, y lo tercero, que hile. No quiere que se regale, sino que trabaje. Muchas cosas están escritas por muchos en loor del trabajo, y todo es poco para el bien que hay en él; porque es la sal que preserva de corrupcion á nuestra vida y á nuestra alma, mas yo no quiero decir aquí nada de lo general. Lo que propiamente toca á la mujer casada, eso diré solamente; porque cuanto de suyo es la mujer mas inclinada al regalo y mas fácil á enmollecerse y desatarse con el ocio, tanto el trabajo le conviene mas. Porque si los hombres, que son varones, con el regalo conciben ánimo y condicion de mujeres y se afeminan, las mujeres ¿qué serán, sino lo que hoy dia son muchas dellas? Que la seda les es áspera y la rosa dura, y les quebranta el tenerse en los pies, y del aire que suena se desmayan, y el decir la palabra entera las cansa, y aun hasta lo que dicen lo abortan, y no las ha de mirar el sol, y todas ellas son un melindre y un *lixo* (a), y un asco; y perdónenme porque les pongo este nombre, que es el que ellas mas huyen, ó por mejor decir, agradezcanme que tan blandamente las nombro. Porque quien considera lo que deben ser lo que ellas mismas se hacen, y quien mira la alteza de su naturaleza y la bajeza en que ellas se ponen por su mala costumbre, y coteja con lo uno lo otro, poco dice en llamarlas así; y si las llamase cieno, que corrompe el aire y le inficiona, y abominacion aborrescible, aun se podia tener por muy corto. Porque teniendo uso de razon y siendo capaces de cosas de virtud y loor, y teniendo ser que puede hollar sobre el cielo y que está llamado al gozo de los bienes de Dios, le deshacen tanto ellas mismas y se añian así con delicadez, y se envilecen en tanto grado, que una lagartija y una mariposilla que vuela, tiene mas tomo que ellas, y la pluma que va por el aire, y el aire mismo, es de mas cuerpo y sustancia. Así que, debe mirarmucho en esto la buena mujer, estando cierta que en descuidándose en ello se volverá en nada. Y como los que están de su naturaleza ocasionados á algunas enfermedades y males se guardan con recato de lo que en aquellos males les daña, así ellas entiendan que viven dispuestas para esta dolencia de nadería y melindrería, ó no sé cómo la nombre, y que en ella el regalo es *rejarjar* (b), y guárdense dél como huyen la muerte, y conténtense con su natural poquedad, y no le añadan bajeza ni la hagan mas apocada; y adviertan y entiendan que su natural es femeníl, y que el ocio por sí afemina, y no junten á lo uno lo otro, ni quieran ser dos veces mujeres. He dicho el extremo de nada á que vienen las muelles y regaladas mujeres, y no digo la muchedumbre de vicios que desto mismo en ellas nascen, ni oso meter la mano en este cieno. Porque no hay agua encharcada y corrompida que crie tantas y

(a) Lo mismo que cieno. Ya no se usa.

(b) Especie de veneno, que tambien llaman arsénico.

tan malas sabandijas, que nascen vicios asquerosos y feos en los pechos destas damas delicadas, de que vamos hablando. Y en una dellas, que pinta en los *Proverbios* (c) el Espíritu Santo, se ve algo desto; de la cual dice así: «Parlera y vagabunda, y que no sufre estar quieta ni sabe tener los pies en su casa, ya en la puerta, ya en la ventana, ya en la plaza, ya en los cantones de la encrucijada, y tiende por donde quiera sus lazos. Vió un mancebo, y llegóse á él y prendióle, y dijole con cara relamida blanduras: Hoy hago fiesta y he salido en tu busca, porque no puedo vivir sin tu vista, y al fin he hecho en tí presa. Mi cámara he colgado con hermosas redes, y mi cuadra con tapices de Egipto; de rosas y de flores, de mirra y *lindoe* (d) está cubierto el suelo todo y la cama. Vén y bebamos la embriaguez del amor, y gocémonos en dulces abrazos hasta que apunte la aurora.» Y si todas las ociosas no salen á lo público de las calles, como esta salía, sus abscondidos rincones son secretos testigos de sus proezas, y no tan secretos, que no se dejen ver y entender. Y la razon y la naturaleza de las cosas lo pide. Que cierto es que produce malezas el campo que no se rompe y cultiva, y que con el desuso de hierro se toma de orin y se consume, y que el caballo holgado se manca. Y demás desto, si la casada no trabaja ni se ocupa en lo que pertenece á su casa, ¿qué otros estudios ó negocios tiene en que se ocupar? Forzado es que, si no trata de sus oficios, emplee su vida en los oficios ajenos, y que dé en ser ventanera, visitadora, callejera, amiga de fiestas, enemiga de su rincón, de su casa olvidada y de las casas ajenas curiosa, pesquisidora de cuanto pasa, y aun de lo que no pasa inventora, parlera y chismosa, de pleitos revolvedora, jugadora tambien y dada del todo á la conversacion y al palacio, con lo demás que por ordinaria consecuencia se sigue, y se calla aquí ahora, por ser cosa manifiesta y notoria. Por manera que, en suma y como en una palabra, el trabajo da á la mujer, ó el sér ó el ser buena; porque sin él, ó no es mujer, sino asco, ó es tal mujer, que seria menos mal que no fuese. Y si con esto que he dicho se persuaden á trabajar, no será menester que les diga y enseñe cómo han de tomar el huso y la rueca, ni me será necesario rogarles que velen, que son las otras dos cosas que les pide el Espíritu Santo, porque su misma aficion buena se las enseñará; y así, dejando esto aquí, pasaremos á lo que se sigue.

§. X.

Ha de ser la perfecta casada piadosa con los pobres y necesitados; pero debe ir con cuidado en ver á quien admite en casa y favorece.

Sus palmas abrió para el afligido, y sus manos extendió para el menesteroso (e).

A muy buen tiempo puso esto aquí Salomon, porque repitiendo tanto lo que toca á la granjería y aprovechamiento, y aconsejando á la mujer tantas veces y

(c) Proverb., cap. 7, v. 40 ad 48.

(d) Lo mismo que áloe, árbol de las Indias orientales, cuya maderita quemada causa un olor deliciosísimo.

(e) Vers. 20.

con tan encarecidas palabras que sea hacendosa y casera, dejábala, al parecer, muy vecina al avaricia y escasez, que son males que tienen parentesco con la granjería, y que se le allegan no pocas veces. Porque, así como hay algunos vicios que tienen apariencia y semejanza de algunas virtudes, así hay virtudes tambien que están como ocasionadas á vicios; porque, aunque es verdad que la virtud consiste en el medio, mas como este medio no se mide á palmos, sino es medio que se ha de medir con la razon, muchas veces se aleja mas del un extremo que del otro, como parece en la liberalidad, que es virtud medida por la razon entre los extremos del avaro y del pródigo, y se aparta mucho menos del pródigo que del avaro. Y aun tambien acontece que de la virtud y del vicio, que en la verdad son principios muy diferentes en la vista pública, y en lo que de fuera parece, nazcan frutos muy semejantes. Tanto es disimulado el mal, ó tanto procura disimularse para nuestro daño, ó por mejor decir, tanta es la fuerza y excelencia del bien, y tan general su provecho, que aun el mal, para poder vivir y valer, se le allega y se viste dél, y desea tomar su color. Así vemos que el prudente y recatado huye de algunos peligros, y que el temeroso y cobarde huye tambien. Adonde, aunque las causas sean diversas, es uno y semejante el huir. Y vemos por la misma manera que el hombre concertado granjea y beneficia su hacienda, y el avariento tambien es granjero, y que son unos en el granjear, aunque en los motivos del granjear son diferentes. Y puede tanto este parentesco y disimulacion, que no solamente los que miran de lejos y ven solo lo que se parece, engañándose, nombran por virtud lo que es vicio, mas tambien esos mismos, que ponen las manos en ello y lo obran, muchas veces no se entienden á sí, y se persuaden que les nace de raíz de virtud lo que les viene de inclinacion dañada y viciosa. Por donde todo lo semejante pide grande advertencia, para que el mal disimulado con el bien no pueda engañarnos. Y así, porque á Dios no aplace sino la virtud, y porque ser la mujer muy granjera le puede nacer de avaricia y de vicio, para que no se cause sin fruto y para que no ofenda á Dios en lo que piensa agradarle, avisale aquí que sea limosnera, que es decirle que, dado que le tiene mandado que sea hacendosa y aprovechada y veladora y allegadora, pero que no quiere que sea lacerada ni escasa, ni quiere que todo el velar y adquirir sea para el arca y para la polilla, sino para la provision y abrigo, no solo de los suyos, sino tambien de los necesitados y pobres, porque en ninguna manera quiere que sea avarienta. Y por eso dice elegantemente que abra la palma, que la avaricia cierra, y que alargue y tienda la mano, que suele encoger la escasez. Y dado que el ser piadoso y limosnero es virtud que conviene á todos los que se tienen por hombres, pero con particular razon las mujeres deben esta piedad á la blandura de su natural, entendiendo que ser una mujer de entrañas duras ó secas con los necesitados, es en ella vituperable mas que en hombre ninguno. Y no es buena excusa decir que les va á la mano el marido; porque, aunque es verdad que pertenece á él el dispensar la hacienda, pero no se entiende que si veda á la mujer y le pone ley para que no haga

otros gastos perdidos, le quiere tambien cerrar la puerta á lo que es piedad y limosna, á quien Dios con tan expreso mandamiento y con tan grande encarecimiento la abre. Y cuando quisiese ser aun en esto escaso el marido, la mujer, si es en lo demás cual aquí pintamos, no debe por eso cerrar las entrañas á la limosna, que es debida á su estado, ni menos el confesor se lo vede. Porque si el marido no quiere, está obligado á querer; y su mujer, si no le obedece en su mal antojo, conformase con la voluntad, que él debe tener de razon; y en hacer esto trata con utilidad y provecho su alma dél y su hacienda; porque lo uno, cumple con la obligacion que ambos tienen de socorrer á los pobres; y lo otro, asegura y acrecienta sus bienes con la bendicion que Dios, cuya palabra no puede faltar, tiene á la piedad prometida. Y porque muchos nunca se fian bien de esta palabra, por eso muchos hombres son crudos y lacerados. Que si se pusiesen á considerar que reciben de Dios lo que tienen, no temerian de le tornar parte dello, ni dudarian de que quien es liberal no puede jamás ser desagradecido; y quiero decir en esto que Dios, el cual, sin haber recibido nada dellos, liberalmente los hizo ricos, si repartieren despues con él sus riquezas, se las volverá con gran logro. Esto que he dicho, entiendo de las limosnas mas ordinarias y comunes que se ofrescen cada dia á los ojos; que en lo que fuere mas grueso y mas particular, la mujer no ha de traspasar la ley del marido, y en todo le ha de obedecer y servir. Y yo fio que ninguno habrá tan miserable ni malo, que si ella es de las que yo digo, tan casera, tan hacendosa, tan veladora y tan concertada en todo y aprovechada, le vede que haga bien á los pobres. Ni será ninguno tan ciego, que tema pobreza de la limosna que hace á quien le enriquece la casa. Así que, abra sus entrañas y sus brazos y manos á la piedad la buena mujer, y muestre que su granjería nasce de virtud, en no ser escasa en lo que segun razon es debido. Y como el que labra el campo, de lo que coge en él da sus primicias y diezmos á Dios; así ella de las labores suyas y de sus criadas aplique su parte para vestir á Dios en los desnudos y hartarle en los hambrientos, y llámele como á la parte de sus ganancias, y abra, como aquí dice, sus manos al alligido, y al menesteroso sus palmas. Mas si dice que abra sus manos y su casa á los pobres, es mucho de advertir que no le dice que las abra generalmente á todos los que se profesan ser pobres. Porque á la verdad una de las virtudes de la buena casada y mujer es el tener grande recato acerca de las personas que admite á su conversacion y á quien da entrada en su casa; porque, debajo de nombre de pobreza, y cubriéndose con piedad, á las veces entran en las casas algunas personas arrugadas y canas, que roban la vida y entizan la honra y dañan el alma de los que viven en ellas, y los corrompen sin sentir, y los emponzoñan pareciendo que los lamen y halagan. San Pablo (a) casi señaló con el dedo á este linaje de gentes, ó á algunas gentes deste linaje, diciendo: «Tienen por oficio andar de casa en casa ociosas, y no solamente ociosas, mas tambien parteras y curiosas, y habladoras de lo que no conviene.» Y es ello así, que las tales de ordinario

(a) 1. Ad timoth., cap. 5, v. 15.

no entran sino á aajar todo lo bueno que vieren, y cuando menos mal hacen, hacen siempre este daño, que es traer novelas y chimerías de fuera, y llevarlas á fuera de lo que ven ó les parece que ven en la casa donde entran, con que inquietan á quien las oye y les turban los corazones; de donde muchas veces nascen desabrimientos entre los vecinos y amigos, y materias de enojos y diferencias, y á veces hay discordias mortales. En las repúblicas bien ordenadas, los que antiguamente las ordenaron con leyes, ninguna cosa vedaron mas que la comunicacion con los extraños y de diferentes costumbres. Así Moisen, ó por mejor decir, Dios por Moisen, á su pueblo escogido le avisa desto en mil lugares (a) con encarecimiento grandísimo. Porque lo que nose ve no se desea; que, como dice el versillo griego: «Del mirar nace el amar (b).» Y por el contrario, lo que se ve y se trata, cuanto peor es, tanto mas ligeramente, por nuestra miseria, se nos apega. Y lo que es en toda una república, eso tambien en una sola casa por la misma razon acontece. Que si los que entran en ella son de costumbres diferentes de las que en ellas se usan, unos con el ejemplo y otros con la palabra alteran los ánimos bien ordenados, y poco á poco los desquician del bien. Y llega la vejezuela al oido, y dice á la hija y á la doncella que por qué huyen la ventana ó por qué aman la almohadilla tanto; que la otra Fulana y Fulana no lo hacen así. Y enséñales el mal aderezo, y cuéntales la desenvoltura del otro, y las mañanas que ó vió ó inventó póneselas delante, y vuélvelles el juicio, y comienza á teñir con esto el pecho sencillo y simple, y hace que figuren en el pensamiento lo que con solo ser pensado corrompe; y dañado el pensamiento, luego se tienta el deseo, el cual en encendiéndose al mal, luego se resfria en el bien, y así luego se comienzan á desagradar de lo bueno y de lo concertado, y por sus pasos contados vienen á dejarlo del todo á la postre. Por donde, acerca de Eurípides (c), dice bien el que dice: «Nunca, nunca jamás, que no me contento con decirlo una sola vez, el cuerdo casado consentirá que entren cualesquier mujeres á conversar con la suya, porque siempre hacen mil daños. Unas por su interés tratan de corromper en ella la fe del matrimonio; otras, porque han faltado ellas, gustan de tener compañeros de sus faltas; otras porque saben poco y de puro necias. Pues contra estas mujeres y las semejantes á estas conviéndole al marido guarnecer muy bien con aldabas y con cerrojos las puertas de su casa; que jamás estas entradas peregrinas ponen en ella alguna cosa sana, sino siempre hacen diversos daños.» Pero veamos ya lo que despues de aquesto se sigue.

§. XI.

Del buen trato y apacible condicion con que se deben portar las señoras con sus sirvientas y criadas.

No temerá de la nieve su familia, porque toda su gente está vestida con vestiduras dobladas (d).

No es aquesta la menor parte de la virtud de aque-

(a) Levit., cap. 22, v. 25. Numeror., cap. 18, v. 4. 1, Esd., cap. 10, v. 11.

(b) Diogonian. apud Erasmum chil. 1. Adag., cent. 2, núm. 79.

(c) Eurip. in Andromache. (d) Vers. 22.

ta perfecta casada que pintamos, ni la que da menos loor á la que es señora de su casa, el buen tratamiento de su familia y criados; antes es como una muestra donde claramente se conoce la buena orden con que se gobierna todo lo demás. Y pues le habia mostrado Salomon, en lo que es antes de esto, á ser limosnera con los extraños, conviño que le avisase ahora, y le diese á entender que aqueste cuidado y piedad ha de comenzar de los suyos; porque, como dice san Pablo (e), «el que se descuida de la provision de los que tiene en su casa, infiel es y peor que infiel.» Y aunque habla aquí Salomon del vestir, no habla solamente dél, sino por lo que dice en este particular enseña lo que ha de ser en todo lo demás que pertenece al buen estado de la familia. Porque, así como se sirve de su trabajo della el señor, así ha de proveer con cuidado á su necesidad, y ha de compasar con lo uno lo otro, y tener gran medida en ambas cosas, para que ni les falte en lo que han menester, ni en lo que ellos han de hacer los cargue demasadamente, como lo avisa y declara el Sábio en el capítulo 33 del *Eclesiástico*. Porque lo uno es injusticia, y lo otro escasez, y todo crueldad y maldad. El pecar los señores en esto con sus criados, ordinariamente nace de soberbia y de desconocerse á sí mismos los amos. Porque, si considerasen que así ellos como sus criados son de un mismo metal, y que la fortuna, que es ciega, y no la naturaleza proveida, es quien los diferencia, y que nascieron de unos mismos principios, y que han de tener un mismo fin, y que caminan llamados para unos mismos bienes; y si considerasen que se puede volver el aire mañana, y á los que sirven ahora servirlos ellos despues, y si no ellos, sus hijos ó sus nietos, como cada dia acontece, y que al fin todos, así los amos como los criados, servimos á un mismo Señor, que nos medirá como nosotros midiéremos; así que, si considerasen esto, pondrian el brio aparte, y usarian de mansedumbre, y tratarian á los criados como deudos, y mandarlos hian como quien siempre no ha de mandar. Y aquí conviene que las mujeres hinquen los ojos mas, porque se desvanescen mas fácilmente, y hay tan vanas algunas, que casi desconocen su carne, y piensan que la suya es carne de ángeles, y las de sus sirvientas de perros, y quieren ser adoradas dellas, y no acordarse dellas si son nascidas; y si se quebrantan en su servicio, y si pasan sin sueño las noches y si están ante ellas de rodillas los dias, todo les parece que es poco y nada para lo que se les debe, ó ellas presumen que se les ha de deber. En lo cual, demás de lo mucho que ofenden á Dios, hacen su vida mas miserable de lo que ella se es, porque se hacen aborrecibles á los suyos, que es una encarecida miseria; porque ninguna enemistad es buena, y la de los criados, que viven dentro del seno de los amos y saben los secretos de casa y son sus ojos, y aunque les pese, de su vida festigos, es peligrosa y pestilencial. Y de aquí ordinariamente salen las chimerías y los testimonios falsos, y las mas veces los verdaderos. Y esta es la causa por donde muchos hallan, cuando no piensan, las plazas llenas de sus secretos. Y como es peligrosa desventura hacer de los criados fieles, crueles enemigos con no debidos tratamientos; así el tratarlos bien

(e) 1. Ad timoth., cap. 5, v. 8.

es, no solo seguridad, sino honra y buen nombre. Porque han de entender los señores que son como parte de su cuerpo sus gentes, y que es como un compuesto su casa, adonde ellos son la cabeza, y la familia los miembros, y que por el mismo caso que los tratan bien, tratan bien y honradamente á su misma persona. Y como se honran de que en sus facciones y disposicion no haya ni miembro torcido ni figura que desagrade, y como les añaden á todos sus miembros cuanto es en sí hermosura y los procuran vestir con debido color; así se han de preciar de que en toda su gente relumbre su mucha liberalidad y bondad. Por manera que los de su casa, ni estén en ella faltos, ni salgan della quejosos. Conocí yo en aqueste reino una señora, que es muerta, ó por mejor decir, que vive en el cielo, que del caballo troyano que dicen, no salieron tantos hombres valerosos, como de su casa sirvientas suyas doncellas y otras mujeres remediadas y honradas. A la cual, como le aconteciese echar de su casa, por razon de un desconcierto, á una criada suya no tan bien remediada como las demás, la oí decir muchas veces que no se podia consolar cuando pensaba que de las personas que Dios le habia dado, que así lo decia, habia salido una de su casa con desgracia y poco remedio. Y yo sé que en esta bondad gastaba muy grandes sumas, y que haciendo estos gastos y otros de semejantes virtudes, no solo conservó y sustentó los mayorazgos de sus hijos, que estaban en su tutoría, y les venian de muchos abuelos de antigua nobleza, sino que tambien los acrecentó é ilustró con nuevos y ricos vínculos; y así era bendita de todos. Deben pues amar esta bendicion las mujeres de honra, y si quieren ellas ser estimadas y amadas, aqueste es camino muy cierto. Y no quiero decir que todo ha de ser blandura y regalo; que bien vemos que la buena orden pide algunas veces severidad; mas, porque lo ordinario es pecar los amos en esto, que es ser descuidados en lo que toca al buen tratamiento de los que los sirven, por eso hablamos dello, y no hablamos de cómo los han de ocupar, de que ellos se tienen cuidado. Síguese:

§. XII.

De cómo el traje y manera de vestir de la perfecta casada ha de ser conforme á lo que pide la honestidad y la razon. Aféase el uso de los afeites, y condénanse las galas y atavíos, no solo con razones tomadas de la misma naturaleza de las cosas, sino tambien con dichos y sentencias de los padres de la Iglesia y autoridades de la Sagrada Escritura.

Hizo para sí aderezos de cama, holanda y púrpura es su vestido (a).

Porque habia hablado de la piedad que deben las buenas casadas al pobre, y del cuidado que deben á la buena provision de su gente, trata ahora del tratamiento y buen aderezo de sus mismas personas. Y llega hasta aquí la clemencia de Dios y la dulce manera de su providencia y gobierno, que descende á tratar de su vestido de la casada, y cómo ha de aderezar y asear su persona, y condescendiendo en algo con su natural, aunque no le place el exceso, tampoco se agrada del desaliño y mal aseo, y así dice: «Púrpura y holanda es su

(a) Vers. 22.

vestido.» Que es decir que desta casada perfecta es parte tambien no ser en el tratamiento de su persona alguna desaliñada y remendada, sino que, como ha de ser en la administracion de la hacienda granjera, y con los pobres piadosa, y con su gente no escasa; así por la misma forma á su persona la ha de traer limpia y bien tratada, aderezándola honestamente en la manera que su estado lo pide, y trayéndose conforme á su cualidad, así en lo ordinario como en lo extraordinario tambien. Porque la que con su buen concierto y gobierno da luz y resplandor á los demás de su casa, que ella ande deslucida en sí, ninguna razon lo permite. Pero es de saber por qué causa la vistió Salomon de holanda y de púrpura, que son las cosas de que en la ley vieja se hacia la vestidura del gran Sacerdote (b); porque sin duda tiene en sí algun grande misterio. Pues digo que quiere Dios declarar en esto á las buenas mujeres que no pongan en su persona sino lo que se puede poner en el altar, esto es, que todo su vestido y aderezo sea santo, así en la intencion con que se pone como en la templanza con que se hace. Y díceles que quien les ha de vestir el cuerpo no ha de ser el pensamiento liviano, sino el buen concierto de la razon; y de la compostura secreta del ánimo ha de nascer el buen traje exterior, y que este traje no se ha de cortar á la medida del antojo ó del uso vituperable y mundano, sino conforme á lo que pide la honestidad y la vergüenza. Así que, señala aquí Dios vestido santo, para condenar lo profano. Dice púrpura y holanda, mas no dice los bordados que se usan ahora, ni los recamados ni el oro tirado en hilos delgado. Dice vestidos, mas no dice diamantes ni rubies. Pone lo que se puede tejer y labrar en casa, pero no las perlas que se asconden en el abismo del mar. Concede ropas, pero no permite rizos ni encrespos ni afeites. El cuerpo se vista, pero la cabeza no se desgreñe ni se encrespe en pronóstico de su grande miseria. Y porque en esto, y señaladamente en los afeites del rostro, hay grande exceso aun en las mujeres, que en lo demás son honestas; y porque es aqueste su propio lugar, bien será que digamos algo dellos aquí. Aunque, si va á decir la verdad, yo confieso á vuestra merced que lo que me convida á tratar desto, que es el exceso, eso mismo me pone miedo. Porque, ¿quién no temerá de oponerse contra una cosa tan recibida? O ¿quién tendrá ánimo para osar persuadirles á las mujeres á que quieran parecer lo que son? O ¿qué razon sanará la ponzoña del soliman? Y no solo es dificultoso este tratado, pero es peligroso tambien; porque luego aborrescen á quien esto les quita. Y así querer ahora quitárselo yo, será despertar contra mí un escuadron de enemigos. Mas ¿qué les va en que yo las condene, pues tienen tantos otros que las absuelven? Y si aman aquellos que, condescendiendo con su gusto dellas, las dejan asquerosas y feas, muy mas justo es que siquiera no me aborrezcan á mí, sino que me oigan con igualdad y atencion; que cuanto ahora en esto les quiero decir, será solamente enseñarles que sean hermosas, que es lo que principalmente desean. Porque yo no les quiero tratar del pecado que algunos hallan y ponen en el afeite, sino solamente quiero dárselo á conocer, mostrándoles que es un fullero en-

(b) Exod., cap. 28, v. 6, 7.

gañoso, que les da al revés de aquello que les promete, y que como en un juego que hacen los niños, así él, diciendo que las pinta, las burla y entizna, para que, conocido por tal, hagan justicia dél y le saquen á la vergüenza con todas sus redomillas al cuello. Pues yo no puedo pensar que ninguna viva en este caso tan engañada, que ya que tenga por hermoso el afeite, á lo menos no conozca que es sucio, y que no se lave las manos con que lo ha tratado antes que coma. Porque los materiales dél, los mas son asquerosos; y la mezcla de cosas tan diferentes como son las que casan para este adulterio, es madre de muy mal olor, lo cual saben bien las arquillas que guardan este tesoro y las redomas y las demás alhajas dél. Y si no es suciedad, ¿por qué, venida la noche, se le quitan y se lavan la cara con diligencia, y ya que han servido al engaño del día, quieren pasar siquiera la noche limpias? Mas ¿para qué son razones? Pues cuando nos lo negasen, á las que nos lo negasen les podríamos mostrar á los ojos sus dientes mismos y sus encías negras y mas sucias que un muladar, con las reliquias que en ellas ha dejado el afeite. Y si las pone sucias, como de hecho las pone, ¿cómo se pueden persuadir que las hace hermosas? ¿No es la limpieza el fundamento de la hermosura, y la primera y mayor parte della? La hermosura allega y convida á sí, y la suciedad aparta y ahuyenta. Luego ¿cómo podrán caber en uno lo hermoso y lo sucio? ¿Por ventura no es obra propia de la belleza, parecer bien y hacer deleite en los ojos? Pues ¿qué ojos hay tan ciegos ó tan botos de vista, que no pasen con ella la tela del sobrepuerto, y que no cotejen con lo encubierto lo que se descubre, y que viendo lo mal que dicen entre sí mismos, no se ofendan con la desproporcion? Y no es menester que los ojos traspasen este velo, porque él de sí mismo, en cobrando un poco de calor el cuerpo, se trasluce; y descúbrese por entre lo blanco un oscuro y verdinegro, y un entre azul y morado; y matízase el rostro todo, y señaladamente las cuencas de los bellísimos ojos, con una variedad de colores feísimos; y aun corren á las veces derretidas las gotas, y aran con sus arroyos la cara. Mas si dicen que acontece esto á las que no son buenas maestras, yo digo que ninguna lo es tan buena, que si ya engañare los ojos, pueda engañar las narices. Porque el olor de los *adobios* (a), por mas que se perfumen, va delante dellas, pregonando y diciendo que no es oro lo que reluce, y que todo es asco y engaño, y va como con la mano desviando la gente en cuanto pasa la que yo no quiero nombrar. Tomen mi consejo las que son perdidas por esto, y hagan máscaras de buenas figuras y pónganselas; y el barniz pinte el lienzo, y no el cuerpo, y sacarán mil provechos. Lo uno, que ya que les agrada ser falsas hermosas, quedarán á lo menos limpias. Lo otro, que no temerán que las desafeite ni el sol ni el polvo ni el aire. Y lo último, con este artificio podrán encubrir, no solo el color oscuro, sino tambien las facciones malas. Porque cierta cosa es que la hermosura no consiste tanto en el escogido color, cuanto en que las facciones sean bien figuradas cada una por sí, y todas entre sí mismas proporcionadas. Y claro es que el afeite, ya que haga engaño en la color,

(a) Voz anticuada; ahora adobos.

pero no puede en las figuras poner enmienda, que ni ensancha la frente angosta, ni los ojos pequeños los engrandece, ni corrige la boca desbaratada. Pero dicen que vale mucho el buen color. Yo pregunto, ¿á quién vale? Porque las de buenas figuras, aunque sean morenas, son hermosas, y no sé si mas hermosas que siendo blancas; las de malas, aunque se transformen en nieve, al fin quedan feas, mas dirán que menos feas, yo digo que mas; porque antes del barniz, si eran feas estaban limpias, mas despues dél quedan feas y sucias, que es la mas aborrecible fealdad de todas. Pero valga mucho el buen color, si de veras es buen color; mas este ni es buen color ni casi lo es, sino un engaño de color que todos lo conocen, y una postura que por momentos se cae, y un asco que á todos ofende, y una burla que promete uno y da otro, y que afea y ensucia. ¿Qué locura es poner nombre de bien á lo que es mal, y trabajarse en su daño y buscar con su tormento ser aborrecidas, que es lo que mas aborrecen? Qué es el fin del aderezo y de la cura del rostro, sino el parecer bien y agrandar á los miradores? Pues ¿quién es tan falto, que destos adobios se agrada? O ¿quién hay que no los condene? Quién es tan necio que quiera ser engañado, ó tan boto que ya no conozca este engaño? O ¿quién es tan ajeno de razon, que juzgue por hermosura del rostro lo que claramente ve que no es del rostro, lo que ve que es sobrepuesto, añadido y ajeno? Querria yo saber destas mendigantas hermosas, si tendrían por hermosa la mano que tuviese seis dedos. ¿Por ventura no la hurtarian á los ojos? No harian alguna invencion de guante para encubrir aquel dedo añadido? Pues ¿tienen por feo en la mano un dedo mas, y pueden creer que tres dedos de enjundia sobre el rostro les es hermoso? Todas las cosas tienen una natural tasa y medida, y la buena disposicion y parecer dellas consiste en estar justas en esto; y si dello les falta ó sobra algo, eso es fealdad y torpeza; de donde se concluye que estas de quien hablamos, añadiendo posturas y excediendo lo natural, en caso que fuesen hermosas, se tornan feas con sus mismas manos. Bien y prudentemente aconseja, acerca de un poeta antiguo (b), un padre á su hija y le dice: «No tengas, hija, aficion con los oros, ni rodees tu cuello con perlas ó con jacintos, con que las de poco saber se desvanecen; ninguna necesidad tienes deste vano ornamento; ni tampoco te mires al espejo para componerte la cara, ni con diversas maneras de lazos enlaces tus cabellos, ni te alcoholes con negro los ojos, ni te colores las mejillas, que la naturaleza no fué escasa con las mujeres, ni les dió cuerpo menos hermoso de lo que se les debe ó conviene.» Pues ¿qué dirémos del mal del engaño y fingir, á que se hacen, y como en cierta manera se ensayan y acostumbra en esto? Aunque esta razon no es tanto para que las mujeres se persuadan que es malo afeitarse, cuanto para que los maridos conozcan cuán obligados están á no consentir que se afeiten. Porque han de entender que allí comienzan á mostrarse otras de lo que son, y á encubrirles la verdad, y allí comienzan á tentarles la condicion y hacerlos al engaño, y como los hallaren pacientes en esto, así subirán á engaños mayores. Bien dice Aristóteles

(b) Naumach. apud Stobaeum, serm. LXXIV.

en este mismo propósito (a), que «como en la vida y costumbres la mujer con el marido ha de andar sencilla y sin engaño, así en el rostro y en los aderezos dél ha de ser pura y sin afeite». Porque la buena en ninguna cosa ha de engañar á aquel con quien vive, si quiere conservar el amor, cuyo fundamento es la caridad y la verdad, y el no encubrirse los que se aman en nada. Que, así como no es posible mezclarse dos aguas olorosas mientras están en sus redomas cada una; así en tanto que la mujer cierra el ánimo con la encubierta del fingimiento, y con la postura y afeites asconde el rostro, entre su marido y ella no se puede mezclar amor verdadero. Porque si damos caso que el marido la ama así, claro es que no ama á ella en este caso, sino á la máscara pintada que se parece, y es como si amase en la farsa al que representa una doncella hermosa. Y por otra parte, ella, viéndose amada desta manera, por el mismo caso no le ama á él, antes comienza á tener en poco, y en el corazon se rie dél y le desprecia, y conoce cuán fácil es engañarle, y al fin le engaña y le carga. Y esto es muy digno de considerar, y mas lo que se sigue tras esto, que es el daño de la conciencia y la ofensa de Dios. Que aunque prometí no tratarlo, pero al fin la conciencia me obliga á quebrantar lo que puse. Y no les diga nadie, ni ellas se lo persuadan á sí, que ó no es pecado ó es muy ligero pecado, porque es muy al revés; ca (b) él es pecado grave en sí, y que de mas desto anda acompañado de otros muchos pecados, unos que nacen dél, y otros de donde él nace. Porque dejando aparte el agravio que hacen á su mismo cuerpo, que no es suyo, sino del Espíritu Santo, que le consagró para sí en el bautismo, y que por la misma causa ha de ser tratado como templo santo con honra y respeto; así que, aunque pasemos llamando por este agravio que hacen á sus miembros, atormentándolos y ensuciándolos en diferentes maneras, y aunque no digamos la injuria que hacen á quien las crió, haciendo enmienda en su obra y como reprehendiendo, ó á lo menos no admitiendo su acuerdo y consejo (porque sabida cosa es que lo que hace Dios, ó feo ó hermoso, es á fin de nuestro bien y salud); así que, aunque callemos esto que las condena, el fin que ellas tienen y lo que las mueve é incita á este oficio, por mas que ellas lo doren y apuren, ni se pueda apurar ni callar. Porque, pregunto, ¿por qué la casada quiere ser mas hermosa de lo que su marido quiere que sea? Qué pretende afeitándose á su pesar? Qué ardor es aquel que le menea las manos para *acicalar* (c) el cuerpo como arnés, y poner en arco las cejas? ¿Adónde amenaza aquel arco? y aquel resplandor ¿á quién ciega? El colorado y el blanco, y el rubio y dorado, aquella artillería toda ¿qué pide? qué desea? qué bocea? No pregunta sin causa el cantarillo comun ni es mas castellano que verdadero: «¿Para qué se afeita la mujer casada?» Y torna á la pregunta y repite la tercera vez preguntando: «¿Para qué se afeita? Porque, si va á decir la verdad, la respuesta de aquel para qué, es amor propio desordenadísimo; apetito in-

(a) Lib. 1. De cura rei familiaris, cap. 4.

(b) Lo mismo que porque. Es voz del uso antiguo.

(c) Acicalar vale tanto, por metáfora, como afeitar, ó hacer tersa y reluciente alguna cosa.

saciable de vana excelencia, codicia fea, deshonestidad arraigada en el corazon, adulterio, ramera, delito que jamás cesa. ¿Qué pensais las mujeres que es afeitarse? Traer pintado en el rostro vuestro deseo feo. Mas no todas las que os afeitaís deseais mal. Cortesía es creerlo. Pero si con la tez del afeite no descubris vuestro mal deseo, á lo menos despertais el ajeno. De manera que con esas posturas sucias, ó publicais vuestra sucia ánima, ó eusciais las de aquellos que os miran. Y todo es ofensa de Dios. Aunque no sé yo qué ojos miran, que si bien os miran, no os aborrezcan, ó asco ó hedor ó torpeza. Mas ¿qué bravo! diréis algunas. No estoy bravo, sino verdadero. Y si tales son los padres de quien aqueste desatino nace, ¿cuáles seran los frutos que dél proceden, sino enojos y guerra continua, y sospechas mortales y lazos de perdidos, y peligros y caídas, y escándalos y muerte y asolamiento miserable? Y si todavía os parezco muy bravo, oid ya, no á mí, sino á san Cipriano, las que lo decís, el cual dice desta manera (d): «En este lugar el temor que debo á Dios, y el amor de la caridad, que me junta con todos, me obliga á que avise no solo á las vírgenes y á las viudas, sino á las casadas tambien, y universalmente á todas las mujeres, que en ninguna manera conviene ni es lícito aduletrar la obra de Dios y su hechura, añadiéndole ó color rojo ó alcohol negro ó arrebol colorado, ó cualquiera otra compostura que mude ó corrompa las figuras naturales. Dice Dios (e): Hagamos al hombre á la imagen y semejanza nuestra, y osa alguna mudar en otra figura lo que Dios hizo? Las manos ponen en el mismo Dios cuando lo que él formó lo procuran ellas reformar y desfigurar. Como si no supiesen que es obra de Dios todo lo que nace, y del demonio todo lo que se muda de su natural. Si algun grande pintor retratase con colores que llegasen á lo verdadero las facciones y rostro de alguno, con toda la demás disposicion de su cuerpo, y acabado ya y perfeccionado el retrato, otro quisiese poner las manos en él, presumiendo de mas maestro, para reformar lo que ya estaba formado y pintado, ¿pareceos que tendría el primero justa y grave causa para indignarse? Pues ¿piensas tú no ser castigada por una osadía de tan malvada locura, por la ofensa que haces al divino Artífice? Porque, dado caso que por la alcahuetería de los afeites no vengas á ser con los hombres deshonesta y adúltera, habiendo corrompido y violado lo que hizo en tí Dios, convencida quedas de peor adulterio. Eso que pretendes hermosearte, eso que procuras adornarte, contradiccion es que haces contra la obra de Dios, y traicion contra la verdad. Dice el Apóstol (f), amonestándonos: — Desechad la levadura vieja, para que seais nueva masa, así como sois sin levadura, porque nuestra pascua es Cristo sacrificado. Así que, celebremos la fiesta, no con la levadura vieja ni con la levadura de la malicia y de tacañería, sino con la pureza de sencillez y verdad. — ¿Por ventura guardas esta sencillez y verdad cuando ensucias lo sencillo con adulterinos colores, y mudas en mentira lo verdadero con posturas de afeites? Tu Señor dice (g) que — no tienes

(d) Lib. De disciplina et habitum virginum.

(e) Genes., cap. 4, v. 26. (f) 1. Ad corinth., cap. 5, v. 7, 8.

(g) Math., cap. 5, v. 36.

poder para tornar blanco ó negro uno de tus cabellos; y tú pretendes ser mas poderosa, por sobrepajar lo que tu Señor tiene dicho, con pretension osada y con sacrilego menosprecio. Enrojas tus cabellos, y en mal agüero de lo que te está por venir les comienzas á dar color semejante al del fuego, y pecas con grave maldad en tu cabeza, esto es, en la parte mas principal de tu cuerpo, y como del Señor esté escrito (a) que — su cabeza y sus cabellos eran blancos como la nieve, — tú maldices lo cano y abominas lo blanco, que es semejante á la cabeza de Dios. Ruégote, la que esto haces, ¿no temes en el día de la resurreccion, cuando venga, que el Artífice que te crió no te reconozca; que cuando llegues á pedirle sus promesas y premios, te deseche, aparte y excluya; que te diga con fuerza y severidad de juez: Esta obra no es mia, ni es la nuestra esta imagen; ensuciaste la tez con falsa postura, demudaste el cabello con deshonesto color, hiciste guerra y venciste á tu cara, con la mentira corrompiste tu rostro, tu figura no es esa? No podrás ver á Dios, pues no traes los ojos que Dios hizo en tí, sino los que te inficionó el demonio; tú le has seguido, los ojos pintados y relumbrantes de la serpiente has en tí remedado; figuraste dél y arderás juntamente con él. » Hasta aquí son palabras de san Cipriano. Y san Ambrosio (b) habla no menos agramente que él, y dice así: «De aquí nace aquello que es via é incentivo de vicios, que las mujeres, temiendo desagradar á los hombres, se pintan las caras con colores ajenos, y en el adulterio que hacen de su cara, se ensayan para el adulterio que desean hacer de su persona. Mas ¿qué locura aquesta tan grande, desechar el rostro natural y buscar el pintado? Y mientras temen de ser condenadas de sus maridos por feas, condenarse por tales ellas á sí mismas; porque la que procura mudar el rostro con que nació, por el mismo caso da sentencia ella contra sí y lo condena por feo; y mientras procura agradar á los otros, ella misma á sí se desagradar primero. Di, mujer, ¿qué mejor juez de tu fealdad podemos hallar que á tí misma, pues temes ser vista cual eres? Si eres hermosa, ¿por qué con el afeite te encubres? Si fea y disforme, ¿por qué te nos mientes hermosa, pues ni te engañas á tí, ni del engaño ajeno sacas fruto? Porque el otro en tí afeitada, no ama á tí, sino á otra, y tú no quieres como otra ser amada. Enséñasle en tí á ser adúltero, y si pone en otra su amor, recibes pena y enojo. Mala maestra eres contra tí misma. Mas tolerable en parte es ser adúltera que andar afeitada; porque allí se corrompe la castidad y aquí la misma naturaleza. » Estas son palabras de san Ambrosio. Pero entre todos, san Clemente Alejandrino es el que escribe mas extendidamente, diciendo (c): «Las que hermo-sean lo que se descubre, y lo que está secreto lo afean, no miran que son como las composturas de los egipcios, los cuales adornan las entradas de sus templos con arboledas, y ciñen sus portales con muchas columnas; y edifican los muros dellos con piedras peregrinas, y los pintan con escogidas pinturas, y los mismos templos los hermosean con plata y con mármoles traídos desde

(a) Apocalyp., cap. 1, v. 14.

(b) Lib. 1 De virginibus, ad Marcellinam sororem.

(c) Lib. III. Pedag., cap. 2.

Etiopia. Y los sagrarios de los templos los cubren con planchas de oro; mas en lo secreto dellos, si alguno penetrare allá, y si con priesa de ver lo escondido, buscare la imagen del Dios que en ellos mora, y si la guarda dellos ó alguno otro sacerdote con vista grave, y cantando primero algun himno en su lengua, y descubriendo un poco del velo, le mostrará la imagen, es cosa de grandísima risa ver lo que adoran; porque no hallaréis en ellos algun Dios como esperábades, sino un gato ó un crocodilo, ó alguna sierpe de las de la tierra, ó otro animal semejante, no digno de templo, sino dignísimo de cueva ó de escondrijo ó de cieno, que como un poeta antiguo les dijo (d):

Son fieras sobre púrpura asentadas
Los dioses á quien sirven los gitanos.

» Tales pues me parecen á mí las mujeres que se visten de oro y se componen los rizos, y se untan las mejillas y se pintan los ojos y se tiñen los cabellos, y que ponen toda su mala arte en este aderezo muelle y demasiado, y que adornan este muro de carne, y hacen verdaderamente como en Egipto, para atraer á sí á los desventurados amantes. Porque si alguno levántase el velo del templo, digo, si apartase las tocas, la tintura, el bordado, el oro, el afeite, esto es, el velo y la cobertura compuesta de todas aquestas cosas, por ver si hallaría dentro lo que de veras es hermoso, abominarías, á lo que yo entiendo, sin duda. Porque no hallara en su secreto dellas por moradora, segun que era justo, á la imagen de Dios, que es lo digno de precio, mas hallara que en su lugar ocupa una fornicaria y una adúltera lo secreto del alma, y averiguara que es verdadera fiera, mona con albayalde afeitada ó sierpe engañosa, que, tragando lo que es de razon en el hombre por medio del deseo del vano aplacer, tienen el alma por cueva; adonde mezclando toda su ponzoña mortal, y rebosando el tóxico de su engaño y error, trueca á la mujer en ramera aqueste dragon alcahuete; porque el darse al afeite, de ramera es, y no de buena mujer, como claramente se ve; porque las que con esto tienen cuenta, no la tienen jamás con sus casas. Su cuenta es desenlazar las bolsas de sus maridos, y el consumirles las haciendas en sus vanos antojos, y para que testifiquen muchos que parecen hermosas, el ocuparse asentadas todos los días al arte del afeitarse con personas alquiladas á ello. Así que, procuran de guisar bien su carne, como cosa desabrida y de mala vista; y entre día por el afeite se están deshaciendo en su casa, con temor que no se les eche ver que es postiza la flor; mas venida la tarde, como de cueva, luego se hace afuera aquesta adúltera hermosura, á quien ayuda entonces, para ser tenida en algo, la embriaguez y la falta de luz. Menandro el poeta lanza de su casa á la mujer que se enrubia, y dice:

Vé fuera desta casa; que la buena
No trata de hacer rubios los cabellos.

(d) San Clemente Alejandrino no pone esta sentencia como de poeta; y así, parece que, por haberla leído en alguno nuestro autor, la alegó como de tal. Pero ya que añadió de suyo esto, debía haberle mencionado para darnos mas noticia de una curiosidad observada de tan pocos ó ninguno.

» Y no dice que se barnizaba la cara, ni menos que se pintaba los ojos. Mas las miserables no ven que con añadir lo postizo destruyen lo hermoso, natural y propio, y no ven que matizándose cada día, y estirándose el cuero y emplastándose con mezclas diversas secan el cuerpo y consumen la carne, y con el exceso de los corrosivos marchitan la flor propia, y así vienen á tornarse amarillas y á hacerse dispuestas y fáciles á que la enfermedad se las lleve, por tener con los afeites la carne que sobrepintan gastada, y vienen á deshonorar al Fabricador de los hombres, como á quien no repartió la hermosura como debía; y son con razon inútiles para cuidar por su casa, porque son como cosas pintadas, asentadas para no mas de ser vistas, y no hechas para ser caseras cuidadosas. Por lo cual, aquella bien considerada mujer, acerca del poeta cómico, dice: — ¿Qué hecho podrémos hacer las mujeres que de precio sea ó de valor, pues repintándonos y enfloreciéndonos cada día, borramos de nosotras mismas la imagen de las mujeres valerosas, y no servimos sino de trastos de casa y de estropiezos para los maridos y de afrenta de nuestros hijos? — Y asimismo Antifanes, escritor también de comedias (a), mofa de aquesta perdición de mujeres, poniendo las palabras que convienen á lo que comunmente todas hacen, y dice: — Llega, pasa, torna, no se pasa, viene, para, límpiese, revuelve, relímpiese, péñase, sacúdesse, friégase, lávese, espéjase, vístese, almízclase, aderézase, rociase con colores, y al fin si hay algo que no, alórgase y mátese. — Merecedoras, no de una, sino de doscientas mil muertes, que se coloran con las freces (b) del crocodilo, y se untan con la espuma de la hediondez, y que para las *avenolas* (c) hacen hollin y albayalde para embarnizar las mejillas. Pues las que así enfadan á los poetas gentiles, la verdad ¿cómo no las desechará y condenará? Pues Alexi, otro cómico, ¿qué dice dellas, repreniéndolas? Que pondré lo que dijo, procurando avergonzar con la curiosidad de sus razones su desvergüenza perpétua, sino que no pudo llegar á tanto su buen decir, y verdaderamente que yo me avergonzaria, si pudiese defenderlas con alguna buena razon, de que las tratase así la comedia. Pues dice: — Demás desto, acaban á sus maridos, porque su primero y principal cuidado es el sacarles algo, y el pelar á los tristes mezquinos; esta es su obra, y todas las demás en su comparacion les son accesorias. ¿Es por ventura alguna dellas pequeña? embute los chapines de corcho; ¿es otra muy luenga? trae una suela sencilla, y anda la cabeza metida en los hombros, y

(a) In *Malthaca*, segun el testimonio del mismo san Clemente Alejandrino; porque tengo entendido que ya no está dicha obra.

(b) Freza, entre otras cosas, significa el extremo de los animales; y así, parece que habia de decir frezas, y no freces. Pero, por cuanto en todas las ediciones que he visto se halla freces, no me he atrevido á corregirlo.

(c) Aunque no he hallado este vocablo en ninguno de los muchos diccionarios de la lengua castellana que he visto á este fin, no pongo duda alguna en que su significado son las cejas, pues además de persuadirlo así el contexto, se infiere claramente por el original en griego de san Clemente Alejandrino, que dice desta suerte: καὶ τὰς ὀφθαλμοὺς ἐπιμαρτυροῦσιν ἄνα ματωμένα; lo cual vienien los intérpretes: *Et supercilia subigine illum.*

hurta esto al altor (d); ¿es falta de carnes? afórrase de manera que todos dicen que no hay mas que pedir; ¿crece en barriga? estréchase con fajas, como si *tranzase* (e) el cabello, con que va derecha y *cenceña* (f), sumida de vientre; como con puntales hace la ropa adelante; ¿es bermeja de cejas? encúbrelas con hollin; ¿es acaso morena? anda luego el albayalde por alto; ¿es demasadamente muy blanca? friégase con la tez del húmero; ¿tiene algo que sea hermoso? siempre lo trae descubierto; pues que si los dientes son buenos, forzoso es que se ande riendo. Y para que vean todos que tiene gentil boca, aunque no esté alegre, todo el santo día se rie, y trae entre los dientes siempre algun palillo de murta delgado, para que, quiera que no, en todos tiempos esté abierta la boca. — Esto he alegado de las letras profanas, como para remedio contra este mal artificio y deseo excesivo del afeite, porque Dios procura nuestra salud por todas las vias posibles; mas luego apretaré con las letras sagradas, que al malo público natural es apartarse de aquello en que peca, siendo reprehendido por la vergüenza que padece. Pues así como los ojos vendados ó la mano envuelta en emplastos, á quien lo ve hace indicio de enfermedad, así el color postizo y los afeites de fuera dan á entender que el alma en lo de dentro está enferma. Amonesta nuestro divino Ayo y Maestro que no lleguemos al río ajeno, figurando por el río ajeno la mujer destemplada y deshonesta, que corre para todos, y que para el deleite de todos se derrama con posturas lascivas. — Contiénete, dice (g), del agua ajena, y de la fuente ajena no bebas; — amonestándonos que huyamos la corriente de semejante deleite, si queremos vivir luengamente, porque el hacerlo así añade años de vida. Grandes vicios son los del comer y beber, pero no tan grandes, con mucha parte, como la afición excesiva del aderezo y afeite; para satisfacer el gusto la mesa llena basta, y la taza abundante, mas á las aficionadas á los oros, á los carmesies y á las piedras preciosas no les es suficiente ni el oro que hay sobre la tierra ó en sus entrañas della, ni la mar de Tiro, ni lo que viene de Etiopia, ni el río Pactolo, que corre oro, ni aunque se transformen en Midas, quedarán satisfechas algunas dellas, sino pobres siempre y deseando mas siempre, aparejadas á morir con el haber. Y si es la riqueza ciega, como de veras lo es las que tienen puesta en ella toda su afición y sus ojos, ¿cómo no serán ciegas? Y es que, como no ponen término á su mala codicia, vienen á dar en licencia desvergonzada, porque les es necesario el teatro y la procesion y la muchedumbre de los miradores, y el vagear por las iglesias y el detenerse en las calles para ser contempladas de todos, porque cierto es que se aderezan para contentar á los otros. Dice Dios por Hieremías (h): — Aunque te rodees de púrpura y te enjeyes con oro y te pintes los ojos con alcohol, vana es tu hermosura. — Mas ¿qué desconcierto tan grande que el caballo y el pájaro y todos los demás animales de la yerba y del prado sal-

(d) Es voz que no se usa ya. Dícese ahora altura.

(e) Tranzar es lo mismo que trenzar.

(f) Vale tanto como delgada. (g) Ecclesiast., cap. 23, v. 5.

(h) Hierem., cap. 4, v. 30.